



5º DOMINGO DE CUARESMA

Juan 12,20-33

La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. La gloria es para nosotros, para fortalecernos en la fe (como la transfiguración). La gente no sabe interpretar la voz de Dios en los acontecimientos. Esta voz no es como un trueno, sino suave susurro en la interioridad. Dar gloria a Dios es disponernos a participar en ella. El señorío de Jesús echa fuera al príncipe de este mundo.

Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir. Para ver a Jesús hay que mirarlo crucificado, porque ahí están la entrega y el amor. Jesús ha muerto para introducirnos en la plenitud de su misma vida. Todos son atraídos por el amor, también los griegos. Dinámica universal. La Glorificación nos invita y mueve a la Evangelización. Jesús vincula nuestra contemplación con la acción (*atraer a todos*), con dar fruto. Criterio de universalidad que rompe los moldes donde se encierra el propio grupo.

5.- Respuesta a la Palabra

¿Queremos ver a Jesús? *Buscando mis amores, iré... Andando enamorada me hice perdidiza y fui ganada* (Juan de la Cruz).

¿Qué ofrecemos a los que quieren conocer a Jesús? *El Evangelio; el Crucifijo y el testimonio* de nuestra fe, pobre pero sincera.

¿Nos quitan los acontecimientos la vida o son ocasión para darla?

¿Cómo entendemos y afrontamos la muerte?

6.- Orar la Palabra: Queremos ver a Jesús.

7.- Contar al mundo la nueva manera de vivir. Ser testigos.

Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo; tiénese muy buena vida (Teresa de Jesús, Camino 13,7).

CIPE. <https://cipecar.org> * cipe@cipecar.org

Ven, Espíritu, ayúdanos a mirar a Jesús y a tener un encuentro personal con él. Ven, Espíritu, danos capacidad para llevar a otros al encuentro con Jesús.

1.- Motivación

María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón (Lc 2, 19).

En cada circunstancia de la vida, José supo pronunciar su fiat, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemani” (Papa Francisco, Patris Corde3).

2.- A la espera de la Palabra

Al texto le precede el relato de la resurrección de Lázaro (11,1-44)), la unción de María a Jesús *para el día de mi sepultura* (12,1-8), el episodio de los Ramos (12,12-19). *Muchos de los judíos iban y creían en Jesús... El mundo se va tras él.* Esto exaspera a los judíos y traman matarlo (11,45-54; 12,9-11). Los judíos, para Juan, dan muerte.

En este contexto tiene lugar el texto de hoy: unos peregrinos vienen a celebrar la Pascua y piden: *Queremos ver a Jesús.*

En un contexto más amplio, actual, vivimos momentos de crisis, en los que hay personas que dan un paso y comparten su vida.

3.- Proclamación de la Palabra: Juan 12,20-33

4.- Fecundidad de la Palabra

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús». Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Fiesta de Pascua, la más importante para los judíos. Unos griegos, paganos, simpatizantes del judaísmo, a los que se les permite

participar en las fiestas judías, de Grecia o de la Decápolis, *quieren ver a Jesús* (como el *¿dónde vives?*, de 1,38. Contraste: los judíos quieren matar a Jesús, los paganos quieren verlo (simbolizan la llegada de gentiles a la comunidad). Para conocer a Jesús, buscan mediadores, *le rogaban*: Andrés y Felipe (de Betsaida, junto a la Decápolis); los dos tienen nombres griegos. En medio del gentío, acuden a decírselo a Jesús. Detalle precioso: hablar de otros a Jesús. Sentirse iglesia, no aislados. A Jesús se llega y se vive en comunidad.

Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. No se nos dice si logran ver a Jesús o no. Parte fundamental del texto. Decisión de Jesús, tiene claro lo que va a hacer, los hechos no le aplastan. Teología de la hora (referencias anteriores: aún no ha llegado mi hora (2,4) y `procuraban prenderlo pero aún no había llegado su hora (7,30 y 8,20). En la cruz asumida como entrega está la glorificación. La hora de la muerte es la hora de la gloria, de la verdad, la hora del amor hasta el extremo; la hora de Dios. Jesús, sobre la cruz, no reivindica otra gloria más que la gloria del amor (*solo el amor es digno de fe*). El título que se da Jesús: *Hijo del hombre*, que viene del profeta Daniel y está lejos de connotaciones políticas (*Mesías*); significa que un hombre va a llevar a cabo el proyecto de Dios.

En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. Imagen sencilla y sugestiva, insólita maravilla. Jesús en persona es el grano de trigo caído en tierra. Va a la muerte, hasta las últimas consecuencias de su compromiso. No le roban la vida, sino que la da con libertad absoluta. Su muerte es regalo de sí mismo al mundo. En su resurrección se manifiesta la plenitud de lo que se empezó a manifestar en su vida terrena. De ahí que la muerte no sea una pérdida sino una ganancia (*mucho fruto*). El grano de trigo tiene que saber darse, si se guarda se pierde.

El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. Jesús, por medio de paradojas (*amarse-aborrecerse, perderse-guardarse*), que

solo se pueden asumir desde la fe, hace una reflexión acerca de la vida. No tiene sentido una vida sin sentido. Amar de esta manera duele, perder para ganar exige fortaleza. Cuando uno se ama a sí mismo más que a los otros, se pierde. Entendida así la muerte, da alegría y esperanza porque es nacimiento para la vida (*vere dies natalis, día del verdadero nacimiento*, como lo sentían y celebraban los primeros cristianos). *El que se ama a sí mismo* no evoluciona hacia la realidad definitiva (*vida eterna*). *El que se aborrece a sí mismo* hace del atardecer de su vida el comienzo de la mañana de la resurrección. Entra en la morada de Dios.

El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Servir y seguir: dos realidades del discípulo. El Padre está con Jesús (*lo honrará*), está detrás del que se da. *Estar con Jesús*, donde él está por nosotros. El Padre se alegra de ver en otros el rostro de Jesús, el estilo de amar y dar la vida de Jesús (*mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él*). El cielo comienza en la tierra: *Esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento para contentar a quien amamos* (Teresa de Jesús). Servir a los demás desde Jesús, para llegar a un final feliz.

Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del cielo: **«Lo he glorificado y volveré a glorificarlo».** Este es el modo que tiene Juan de narrar Getsemaní. Jesús sufre porque es humano, pero sigue confiando en el Padre (*pero si por esto he venido*), aunque su rostro esté escondido (abajamiento, sufrimiento, obediencia, agitación...) y no coincida con nuestras imágenes de Dios. Juan no ve en la cruz un fracaso, ve una victoria sobre la muerte. El éxito (aplauso), entendido al modo humano está lejos de Dios. Una inmensa plegaria comunitaria se eleva al cielo. En Juan no hay relato de la transfiguración, pero aquí Jesús glorifica al Padre (padre nuestro) y el Padre glorifica al Hijo y esa gloria brillará en la cruz. Oración y respuesta.